
Bienvenida de Pedro Pablo Rosso, presidente Fundación AEQUALIS

Muy buenos días. En representación de la Fundación AEQUALIS y del Comité Organizador, me complace dar una muy cordial bienvenida a este III Congreso de Educación Superior a quienes hoy nos acompañan: autoridades gubernativas y de instituciones de educación superior, conferencistas invitados, relatores e integrantes de las comunidades académicas.

Este evento se efectúa en un año en el que Fundación AEQUALIS celebra el XV° aniversario de su creación; por lo mismo, quisiera evocar la memoria de dos personas que ya no están con nosotros y que han sido muy importantes para nuestra institución: Mónica Jiménez, nuestra fundadora y primera presidenta, y María José Lemaitre, nuestra segunda presidenta y, durante varios mandatos, presidenta del Centro Interuniversitario de Desarrollo (CINDA).

A ellas dedicamos este evento, que se articula en tres dimensiones fundamentales de la educación superior: a) los procesos de enseñanza y aprendizaje, incluyendo, entre otros: los planes de estudios, las metodologías utilizadas,

el rol de los académicos y los recursos de aprendizaje; b) la gestión institucional y el aseguramiento de la calidad; referido al diseño e implementación de políticas y procesos institucionales orientados a alcanzar excelencia académica; y c) la vinculación con el medio y la interacción con el entorno socioeconómico, generando valor social y productivo.

Sin duda, todos ellos constituyen grandes desafíos en un contexto, como el latinoamericano, donde la educación superior no ha alcanzado aún la priorización política y, por consiguiente, el respaldo financiero otorgado en otras latitudes. En efecto, en una etapa histórica que ha sido tildada “era del conocimiento”, resulta paradójal que los líderes de nuestros países no consideren como ejes de los programas nacionales de desarrollo a las instituciones de educación superior, cuya principal misión es transmitir y crear conocimiento.

En cambio, en ellos perdura la mirada decimonónica hacia nuestras instituciones como instancias de movilidad social y proveedoras de cuadros técnicos y no formadoras de capital humano avanzado y fuentes de innovación. Al respecto, es ilustrador el hecho de que nuestros países cuenten con un investigador cada 1.000 puestos de trabajo

mientras que en los países de la OCDE el promedio sea de 9 cada mil puestos de trabajo.

Por su parte, algunas características de la educación superior latinoamericana, particularmente la universitaria, con instituciones consideradas pequeñas “polis” gobernadas por alianzas partidistas, con participación triestamental y periódicas interrupciones debidas a protestas estudiantiles, ciertamente no contribuye a su valoración social como factores de progreso y bienestar.

Pese a estas limitaciones financieras y de gobernanza, es indudable que, en el presente siglo, a juzgar por indicadores como matrícula, tasas de retención y titulación oportuna, mejorías en la razón estudiantes/docente, creación de programas de postgrado, número de publicaciones y de patentes, creación de emprendimientos, nuestros sistemas de educación han demostrado un loable progreso. A lo anterior añadido, como aspecto positivo, el surgimiento de sistemas de aseguramiento de la calidad serios y confiables.

Todo lo anterior implica una mejor capacidad para enfrentar los desafíos pendientes, incluyendo algunos de los que señalaré a continuación:

En primer lugar, la pertinencia y actualización de los currículos. De manera creciente, algunos mercados laborales consideran que muchos programas de estudio, particularmente en las universidades, están desfasados con respecto a las novedades tecnológicas y organizativas de ciertos sectores productivos y de servicios. Se reclama también una mayor competencia en pensamiento crítico, habilidades digitales, idioma inglés, buena comunicación y competencias para el trabajo en equipo. Respecto a esto último, también se reclama una formación con mayor interdisciplinariedad.

Asociado a lo anterior, las encuestas sobre calidad docente en la educación superior revelan que un porcentaje significativo de los profesores carece de una formación pedagógica adecuada. Obviamente, este aspecto gravita negativamente en la experiencia formativa. Relacionado con lo anterior, la pandemia aceleró la virtualización del proceso enseñanza-aprendizaje y demostró sus aspectos positivos, pero también evidenció sus debilidades en cuanto a diseño, infraestructura, evaluación y acceso equitativo. En la actualidad, considero una tarea pendiente acordar el lugar que este tipo de enseñanza debe tener dentro de los sistemas de educación superior,

particularmente desde la perspectiva de los sistemas de aseguramiento de la calidad.

Inesperadamente, el tema de la autonomía está surgiendo como un nuevo desafío para las instituciones de educación superior. Usando la transferencia de recursos como elemento de fuerza, hemos visto con asombro como algunas de las universidades más prestigiosas de los EE.UU. se han visto obligadas a realizar cambios en sus procedimientos de admisión de estudiantes, incorporación de profesores y reclutamiento de estudiantes extranjeros. En nuestro país la situación dista mucho de la antes descrita, sin embargo, las instituciones que participan en el programa de gratuidad están sujetas a un control de parte del Estado en aspectos como: la fijación del monto de sus aranceles, la expansión de matrícula y la creación de nuevos programas de estudio.

Por último, me referiré a los vínculos de las instituciones de educación superior con sus entornos: Aunque se ha disipado la percepción social de que esas instituciones, en especial las universidades, son “torres de marfil”, alejadas del mundanal ruido y ensimismadas en sus estudios, en nuestros países existe la sensación de que ninguna de ellas ha aportado un “gran invento” o un “gran descubrimiento”.

Por lo tanto, no se espera de ellas contribuciones significativas al desarrollo social y económico de las respectivas regiones y países. Sin duda, este es un gran desafío que las instituciones de educación superior están llamadas a asumir aportando, con el perfil de sus egresados y con sus actividades de investigación a nuevos enfoques y políticas públicas en el diagnóstico y solución de los problemas económicos, sociales y culturales de sus respectivas comunidades.

Podría continuar mencionando desafíos para la educación superior en materias como: la duración de los programas de estudio, la “formación general”, género, salud mental, carrera académica, libertad de cátedra, interdisciplinariedad, fondos competitivos, ética académica, internacionalización y formación durante toda la vida. Pero varios de estos temas se analizarán directa o indirectamente en algunas de las diversas ponencias de este III Congreso de Educación Superior organizado por Fundación AEQUALIS. Por lo tanto, dejo a los expertos la palabra.

¡Bienvenidos!